

Alfonso Pérez de Laborda
Lección inaugural del curso 2009-2010¹
1 de octubre de 2009

Por dos veces en mi vida me he preguntado: ¿qué hace un tipo como tú en un sitio como este? La primera, cuando, a toro pasado, me pidieron unas palabras sobre el Seminario de Ávila. La segunda, ahora, cuando, por boca de Javier Prades, se me pidió que os platicara esta lección inaugural del curso 2009-2010, el último año de mi larga trayectoria universitaria, que hoy comienza a terminar. En ella se me da —como me lo sugirió él, si entendí bien el encargo— la ocasión de delinear una vista panorámica de un proyecto que representa una búsqueda de Dios, en espera esperanzada de que no sea un punto final, sino un estado transitorio de la cuestión, que ha de continuar todavía con nuevas y locas aventuras. Muchas gracias a todos por escucharme, autoridades académicas, obispos, profesores y alumnos, amigos todos, los que formáis mi casa durante tantos años. Porque una casa son personas.

Desde siempre, mi pasión era filosófica, la del pensamiento: intentar pensar y buscar cómo hacerlo. No el saber filosofía, sino pensar. Hace cinco o seis años al salir de clase oí a uno de los alumnos que decía: ¡bah!, está pensando. Pues sí, efectivamente. Toda mi carrera universitaria, y en eso es posible que haya sido y siga siendo muy mío, ha consistido en ir desarrollando un proyecto de pensamiento. Proyecto en el que nunca he cejado. Desde el mismo comienzo. Y esto ha sido también, sin duda, una gracia de Dios. Durante treinta y cinco años he ido a clase a pensar. Y lo he hecho con pasión, con constancia, con verdadera tozudez.

He dedicado mi vida entera a un proyecto. El proyecto de pensar. De pensar un pensamiento. Y la coherencia, junto a la constancia, ha sido desde el mismo comienzo, creo, una de sus notas más claras. A mi segunda vuelta de los Estados Unidos, fui arrecogido en la Facultad de Teología San Dámaso. Hace ya diez años. Pronunciaré sólo un nombre, agradecido, el de un amigo que ya ha muerto: Eugenio Romero Pose. Bendito sea. Sobre esta mi última etapa añadiré una cosa, pura maravilla: nunca he tenido tantos alumnos y tan buenos. Y esto es algo muy grande. Cosa de agradecer.

Pablo Domínguez me hizo ver lo obvio: es igual el título de la asignatura que te demos, porque tú siempre hablarás de Dios. Tenía razón. Él lo sabe muy bien al presente. En su muerte vimos cómo ese hablar de Dios era siempre lo que estaba por debajo de todos sus decires, cuando con toda sencillez no era lo primero. Prosigamos.

Mirando las cosas con perspectiva, mis sucesivos truncamientos han sido ocasión de la historia y la filosofía de un proyecto. Podría haberse

¹ La primera parte, con un único añadido, está tomada del comienzo de *Historia y filosofía de un proyecto*; fue leída, excepto el párrafo “Mirando las cosa... de una filosofía”; la segunda no fue leída sino dicha de palabra, son los Paralipómenos 798-800; la tercera fue leída tal cual.

pensado que lo mío ha sido un cuajarón de fracasos; pero no, pues han sido más bien ocasiones de ofrecerme nuevos grados de libertad en mi historia, para que esbozara y comenzara a realizar una filosofía. La imposible-posibilidad se ha hecho realidad en mi vida universitaria. Lo que hubiera podido pensarse como fracasos sucesivos, desapegos continuados, una obra que, en definitiva, no tiene continuidad, se ha convertido en una continuada cabezonería que buscaba el esbozo de una filosofía.

En estos últimos diez años sin los alumnos de San Dámaso el proyecto no hubiera podido realizarse. ¿Porque eran mis interlocutores? Seguramente no, o lo eran de modo muy incompleto; sus maneras eran otras que las mías, y, quizá, debían serlo. Sin embargo, estaban ahí, escuchantes. Con sus rostros y sus personalidades. El esbozo del pensamiento al que me vengo refiriendo ha pasado de primeras por la palabra. Y la palabra se me ha dado en clase, ante mis alumnos: como lugar del principio, de la insinuación, del desarrollo. La palabra tenía a quién dirigirse: a mis alumnos, siempre a ellos. Una palabra que se iba conformando en la escucha. Palabra quizá extraña, mas en los incesantes paseos por la clase, mientras mis alumnos me escuchaban —o se dormían, según—, o cuando discutíamos a brazo partido, se iba configurando, iba tomando espesor de carne. Buscando siempre la coherencia del pensar. Porque la palabra coherencia ha sido decisiva.

En los tres últimos cursos mi diálogo incesante de más de treinta años con mis alumnos y la lectura de sus papeles, no tanto en clase, aunque también, como en el despacho, llegó a su término. No me encontré con fuerzas; así es el irse haciendo viejo. A comienzos de este último curso, derrengado, dejé de pasearme en una torrentera de hablar sin folios. Tuve que sentarme, y comencé a platicar con papeles, o en torno a ellos. Pero de esta forma, todo cambia.

Proyecto de pensamiento. Porque este exigía mucho tiempo. Requería enorme dedicación. Tiempo infinito. Cuajo y tranquilidad para dedicarme a algo etéreo, imposible, por llegar; siempre un verdadero más allá. Y, es obvio, en estos últimos diez años sin los alumnos de San Dámaso el proyecto no hubiera podido realizarse.

Mi vida académica, pues, se puede resumir así: un continuado e impertérrito buscar un pensamiento e ir encontrándolo. Una búsqueda en solitario; a la vez, sin embargo, una búsqueda en diálogo incesante; siempre, en mi deambular paseante, mirando a unos rostros. Me queda, si Dios me da todavía vida y fuerzas, un tiempo de lectura y pensamiento, para, finalmente, expresar lo que estoy llamando el esbozo de una filosofía. *Quaerere Deum*.

Creo entrever en ese esbozo que os presento en el librito que habéis recibido tres modos, tres núcleos que han seguido el orden cronológico de mi pensamiento: verdad, bondad y belleza. Se me han dado en ese orden. Al menos a mí.

Un primer momento, también cronológico, pues el que se dio primero, ha ido buscando la verdad. ¿La verdad de qué? De lo real. Por eso el primer modo de pensamiento se ha movido en el terreno de la filosofía de la ciencia. Ha ido buscando cómo conocemos y qué conocemos. Tal fue la primera preocupación. Dado el panorama que se daba y se da en estos terrenos lo necesario ha sido ‘salvar lo real’. Pues lo real había sido absorbido por una manera materializada, es decir, ideológica, falsaria y, para colmo, cedida por entero a la gente guapa que quiere mandarnos, hablándose de nuestras propias virtualidades, pero no de lo real.

Durante años, pues, me dediqué a la tarea de ‘salvar lo real’. Al moverme en los entornos de la historia y filosofía de la ciencia, pues esa fue mi entrada en el pensar al que me dedicaba de modo profesional, sentía una sensación aguda de que la filosofía en la que me había tocado la gran suerte de vivir, tenía algo que funcionaba mal, distorsionándolo todo. Era el presupuesto materialista. Un presupuesto que a todos parecía serles cosa obvia, puesto que la filosofía tenía una verdadera supeditación con una manera de entender la ciencia. Recuértese: la razón pura había llegado a ser la razón científica. Por eso, discutiendo cómo funcionaba la ciencia, se decía, descubriremos los rumbos de la razón. Mas desde el mismo comienzo me pareció obvio que esa manera de pensar no se ajustaba a razones ni se acostaba con lo real. Y salí como nuevo caballero andante buscando salvar lo real. Hubo de recomponerse con cuidado qué era en verdad la razón, y de qué modo una cierta comprensión heredada y aceptada de la filosofía era un sucedáneo ideológico de la razón. Descubrir esto no fue fácil; nadar contra corriente nunca es coser y cantar. Pero la aventura merecía la pena. Había que descubrir qué es la razón y cómo funciona. Mas también había que ver cómo esa razón, la nuestra, la razón de la carne, la única que es razón de verdad, se enfrenta con lo real, descubriéndolo, seguramente sólo sea en parte. De ahí el grito, tan importante, de que debíamos salvar lo real. Sólo cuando se viera a la vez el modo de la razón y la manera en que ella se enfrenta al mundo, a nosotros mismos y a las realidades que nos construimos, que al final nos ponen frente a la realidad, podríamos partir en serio en busca de la verdad. Otros modos de razón que no sean lo que ella es de verdad, el logos de la carne, y otras maneras de enfrentarse con el mundo, nosotros mismos y la realidad, son una búsqueda truncada de la verdad, la cual nos lleva a secreciones ideológicas que nos impiden salir en busca de la verdad. Sin estos modos y maneras podría ocurrir que creyéramos haber salido en su búsqueda, pero no era así, pues ese sucedáneo de la verdad no sería más que la propia virtualidad de lo que a nosotros nos parece, con toda la relatividad del “es así para mí”. Sólo una búsqueda de la verdad en el modo de la carne, puede alcanzarla. Pero, entonces, la verdad no es ya sólo una adecuación entre el discurso y la cosa, sino el punto hacia el que se dirigen las líneas de universo de nuestro hacer y de

nuestro pensar, hacia el que converge todo lo que vamos siendo. Ahí es donde se nos da la verdad.

Siendo las cosas así acontece algo decisivo: no alcanzamos la verdad que buscamos mientras no lleguemos a ella desde la comprensión de quiénes somos y lo que esto significa, pues no somos meros qués, meros seres materializados. Lo cual conlleva un doble alcance antropológico, basado en un dato decisivo: somos carne. Seres encarnados. La encarnación es lo nuestro. Carne amasada en la memoria; pero, a la vez, mirando siempre a los más allá de sí misma. Más allá fuera de nosotros. Por eso somos también carne maranatizada. Y lo somos de tal modo que el más-allá estira de nosotros con suave suasión retroductiva; suasión de enamoramiento en busca de hacernos lo que estamos llamados a ser: nuestro ser en plenitud.

Ese ir y venir de nuestra carne entre la memoria y el más-allá atractor nos hace carne hablante. Somos los únicos seres materiales que hablan y se reúnen en conferencias como esta.

Pero aún no hemos terminado con el dato antropológico. Hay una segunda comprensión de nosotros mismos que se nos ofrece en la naturaleza del amejoramiento. Somos seres que, por su propia naturaleza —no podemos olvidar que tenemos naturaleza propia, que de esto se trata, algo nada fácil de llegar al modo filosófico, pero en extremo contundente—, buscamos amejorarnos. El triplete que nos constituye en nuestros adentros: deseo, imaginación y razón, diseña nuestros haceres, los cuales se nos dan de principio en-esperanza. Pergeñamos el quehacer y esperamos alcanzar lo que hemos deseado con la ayuda de la imaginación y de la razón. Luego, en la acción, pasamos de aquello esperado, lo en-esperanza, al en-realidad de lo que logramos con nuestra acción, no siempre coincidentes ni mucho menos. Por ello, de seguido compararemos y decidiremos, buscando siempre el ir a mejor. De este modo el amejoramiento es parte esencial de nuestra naturaleza. Aunque, como fruto del uso de nuestra libertad, demasiadas veces nos demos cuenta de que vamos a peor; incluso de que elegimos lo peor. De este modo, buscando la verdad, nos hemos encontrado inmersos en el ámbito del bienhacer y del malhacer; de lo que nos está bien y de lo que nos está mal.

Utilizando las herramientas de la metáfora, la analogía, la retórica y la mimesis, cosas bien nuestras como carne que somos, avanzamos en nuestro camino de comprensión de quiénes somos y llegamos a considerar, finalmente, que nuestro ser real es un ser de amorosidad. Mas con este desvelamiento hay un profundo cambio al descubrirnos como seres libres, capaces del bien y del mal. Así pues, habiendo partido de principio en busca de la verdad, nos encontramos al presente con que la antropología, es decir, el ámbito que nos señala quiénes somos, habiéndonos encontrado ligados al punto atractor al que convergen nuestras líneas de universo —el punto Ω —, nos abre al ámbito del bien. Por más que nuestra libertad siempre pueda elegir otros puntos atractores

—punto Mamón y punto Nada— que nos dejan en aquello que nos arrebujá en lo sin salida para nosotros, fuera de lo que es nuestra verdadera naturaleza, en lo que va en contra de lo que es nuestra naturaleza, en el mal.

Hijos de la materia, sí, pero no materialistas. ¿Por qué? No sólo por la antropología de encarnación que se ha hecho cosa tan nuestra, sino además porque descubrimos la obra de arte. Y la obra de arte, como nosotros mismos, está ligada de manera irresistible a la materia. Considerad la música, por ejemplo, no consiste sino en puras vibraciones del aire que salen de los instrumentos del intérprete, el cual, a su vez, ha leído los pentagramas escritos por el músico. Vibraciones que llegan a nosotros, sus oídos, recibéndola en nuestros adentros como lo que nos hace gritar a pleno pulmón: ¡qué belleza! En la obra de arte hay siempre un veedor que lanza ese grito. De este modo, en la consideración de la obra de arte, pues, nos ligamos con el exceso. Hay algo en ella que es excesivo. Ese grito nos hace ver cómo somos capaces de ir y ser más. En ese exceso se nos hace posible lo que de todo punto era imposible. Este exceso es el que menosprecia la mirada materialista, olvidando parte tan esencial de ese quién que somos. Una pizca, sin duda, es verdad, tan poco es lo que nos separa de nuestros hermanos los seres materiales y animales, hasta el punto de que muchos la consideran una estricta nada que en nada nos diferencia de los demás seres animales. Pero una pizca que nos abre las puertas de un exceso en el que se nos da la realidad de nuestro ser en plenitud, el que se prenda de la belleza con toda la fuerza de su ser.

Siendo así, además, cualquier ser material está igualmente abierto a la belleza. Y cuando el mundo es creación —porque es racionalmente componible decir que el mundo es creación—, entonces descubrimos con infinita alegría que el mundo material, que la materia, es el primer regalo que el Creador nos ha hecho.

Tal es el camino del *quaerere Deum*.

Comenzaremos a terminar.

Un consejo. Nadie puede ser profesor universitario si no lo toma en profundidad como el trabajo —encargo eclesial en nuestro caso — al que uno dedica de verdad su tiempo y su empeño; ofrenda una vida entera. Tenedlo muy en cuenta. No valen compromisos. No valen ratos sueltos mientras uno tiene la cabeza y el corazón en otros menesteres. Para quien lealmente busca ser profesor universitario, y en ellas estamos, su corazón y su cabeza han de estar puestos siempre en este trabajo tan áspero, tan solitario, tan poco agradecido. Si no es así, mejor abandonarlo desde ahora mismo. No valen medias tintas. Nunca olvidéis este consejo de quien ha tenido la inmensa suerte —¡tan dura!— de dedicar su vida a la universidad.

Porque la universidad es el entretejerse de dos hilos en única urdimbre. Conjunción de libertades: sin ello, cosa por demás sutil y tan

diversa de lo que se da en otros ámbitos, no puede haber conjuntamiento real de comunidad para la construcción de una cultura; en nuestro caso de una cultura eclesial. Ayuntamiento entre alumnos y profesores: sin él, no hay universidad; no hay construcción verdadera de esa cultura. Y la conjunción de libertades junto al ayuntamiento piden dedicación completa del profesor a sus alumnos —y de estos a su profesor, no lo olvidemos— y disposición consumada a la tarea común. Sólo el entretendido de ambos factores construye universidad.

Quienes seáis jóvenes tened cuidado en vuestro leer el librito azul no sea que os sintáis tocados por el hacer filosófico de la belleza y os tome para siempre. No acontecerá lo mismo a quienes ya sois mayores; mas siempre podréis utilizarlo como dormidera con ocasión de algún insomnio pertinaz, aunque quizá vosotros necesitéis un agrandador de letra.

Quisiera terminar dando las gracias a mis editores. Nicolás, quien publica los libros de los que soy, mejor, he sido, editor, logrando la proeza de que alguno de ellos se haya agotado. Y José Miguel, el editor de los libros solo míos, quien parece sufrir desfallecimiento con respecto a mí, pues dice no ser capaz de agotarlos entre sus manos. Si no está aquí y le conocéis, decidle, decidle lo evidente, que habéis visto con vuestros propios ojos cómo todo el mundo tiene un libro mío en sus manos. Y decidle, decidle también cómo, a ejemplo del libro rojo del primer presidente de la China comunista, Mao Tse Tung, todos saldréis de acá agitando el librito azul mientras con grandes voces cantáis desaforadas alabanzas a la profunda belleza de la filosofía, mejor aún, a la filosofía de la belleza.

He dicho.